

respecto a la Tradición, aunque hay un momento en que alude a "la fe de la Iglesia" y cita a Tertuliano y a San Gregorio Magno (cfr. t. II, p. 211). Este postulado del A. explica en gran parte la falta de comprensión teológica, propiamente dicha, y no meramente historicista del AT en la que lógicamente el A. recae de continuo. En este sentido forzoso es reconocer que más que de una teología del AT se trata casi siempre de una exposición interpretativa de la Historia de Israel. Otras veces no aparece claro el concepto de la inspiración divina (cfr. t. II, p. 223), o estratifica y divide en demasía determinados períodos, produciendo la impresión de que se trata de compartimentos estancos sin una conexión y unidad interna. Desde el punto de vista metodológico se le achaca comunmente que descuida el concepto de Alianza en la II y III parte de su obra donde, en contra de lo que el A. se propuso al principio, "el tema de la Alianza se puede decir que llega a quedar prácticamente ausente" (t. I, p. 19).

Hay que señalar, por último, que la traducción es correcta y facilita en cierto modo la lectura de esta obra típicamente germana. Algunas erratas se deslizan con cierta frecuencia en el texto (por ejemplo en p. 149 del t. I "amontonaminto" por amontonamiento, en p. 282 del mismo tomo falta una línea al menos en el párrafo segundo; cfr. también p. 302, 319, 333, 346, etc.).

De todos modos, hechas las salvedades apuntadas, la obra de Walter Eichrodt sigue siendo útil a los estudiosos de la Escritura, aunque no recomendable al lector medio, al que, por otra parte, es posible que se le caiga de las manos.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

Joaquín JEREMÍAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1977, 49 pp., 16 × 24.

El loable afán de aproximar al hombre de hoy al entorno del Nuevo Testamento en sus diversos aspectos le llevó al A. a escribir este libro, que ahora aparece en una esmerada presentación y con una traducción cuidada, a cargo de J. L. Ballines. La traducción castellana está hecha —a tenor de la presenta-

ción que hace A. de la Fuente— de la tercera edición alemana aparecida en 1969, que a su vez recoge cuatro fascículos publicados entre 1923 y 1937. Aunque no lo indica, parece que se ha tenido en cuenta también la versión francesa, al menos en las pp. 100-102 en que trata del número de los peregrinos asistentes a la Pascua.

Las cuatro partes del libro coinciden con los cuatro fascículos que el A. había publicado en su juventud: en la primera aborda el estudio de la economía de Jerusalén, presentando las tres fuentes más importantes de ingresos: las profesiones, el comercio y el culto en el aspecto de atracción de extranjeros y peregrinos. En la segunda parte, estudia el A. brevemente el aspecto sociológico en los tres estratos de ricos, clase media y pobres, con un apartado más interesante (cap. IV) en el que analiza las causas de la situación social de Jerusalén. La tercera parte contempla el sacerdocio de Israel, como clase social muy cualificada: es un estudio minucioso y completo sobre todos los estratos que componían la clase sacerdotal: Sumo Sacerdote, sacerdotes jefes, simples sacerdotes y levitas. Se añade una panorámica más breve sobre los escribas y los fariseos. Por último, en la cuarta parte, bajo el enunciado de "La pureza del pueblo" hace un recorrido por las diversas situaciones jurídico-sociales en que podían encontrarse los judíos: legitimidad o ilegitimidad de origen, esclavitud tanto de judíos como de paganos dentro de Israel, y dos últimos capítulos más breves sobre los samaritanos y la condición jurídica de la mujer respectivamente.

Sin duda, por la amplitud de temas que plantea, por la profundidad con que los aborda y los detalles que aporta, ha venido siendo un libro especialmente interesante para los estudiosos de la Biblia. Es amplísima la documentación en que el A. basa sus afirmaciones. Hubiera sido de desear haber añadido algo que ya se echaba de ver en las ediciones original y francesa: una introducción en la que con rigor científico se presentase el valor crítico de cada una de las fuentes, para que el lector menos especialista en literatura intertestamentaria, pudiera discernir desde el principio el valor de los datos que se apoyan en la Biblia, o los que se deducen de escritos rabínicos, o los que se apoyan en escritos de Filón, Flavio Josefo, etc. Así, nos encontramos con afirmaciones como la siguiente: "Zacarías vivía, según la tradición, en Ain Karim, en las montañas de Judea, al oeste de Jerusalén" (Lc 1,39) (p. 89). Con ello da al dato evangélico un mero valor de tradición. Asimismo las noticias sobre el sacerdote Sadoc deducidas de un escrito rabínico son aceptadas

con el mismo valor que lo que el propio Josefo testimonia en su *Vita*. Es verdad que con alguna frecuencia (pp. 38, n. 160; 82, n. 41; 153, n. 121; 155, n. 130; 203, n. 26 etc.) el autor hace una crítica de las fuentes documentales en puntos concretos. Pero, incluso entonces, se echa de menos una valoración de la obra o de quién la escribió en su conjunto.

También puede inducir a equívoco que para apoyar algunas afirmaciones del trabajo, se aducen sin mayor discriminación escritos antiguos o estudios modernos; puede dar la impresión —y no debe ser tal la intención del A.— de que tanto valor tienen unos datos documentales como unas investigaciones posteriores. Sirva de ejemplo el ofrecido en la p. 217 ss., relativo al número de sacerdotes y levitas en el s. I. Se desechan sin más crítica los datos del Talmud (n. 10) porque parecen exagerados (85.000 sacerdotes); a la vez, aun rechazando la aportación del Pseudo-Hecateo, se aprovecha su cifra en base a una interpretación de B. Schaller del año 1963; y a partir de ahí se monta un malabarismo numérico para hacer coincidir con los datos del Pseudo-Heracleo las cifras bíblicas de Esdr 2,36-39 y Nh 7, 39-42 (en cambio se descarta como exagerado el número de levitas que aporta 1 Cr 23,3-5). Resulta así un cálculo sugestivo, sin duda, pero de escasa credibilidad, precisamente por falta de crítica de las fuentes antiguas y de los trabajos contemporáneos.

Son de interés los estudios que de vez en cuando aparecen (pp. 149, n. 83; 268, n. 56 y pp. 303-309; etc.) sobre la historicidad de algunos textos bíblicos, aunque excesivamente apoyada en el método ya superado en muchos aspectos de la *Formgeschichte*; incluso (p. 158 ss.) llega a dedicar un *excursus* a la historicidad de Mt 27,7.

Por último, hay que mencionar que, tanto en la bibliografía moderna usada a lo largo del libro, como en la que se agrupa al final (pp. 389-390), hay una excesiva preferencia casi exclusiva por autores nórdicos y casi todos ellos protestantes. Sólo en el elenco bibliográfico de la p. 390 se recogen algunas revistas francesas y algunos autores como R. de Vaux, pero que en ninguna página anterior aparecen citados. También se echan de menos en la bibliografía complementaria autores como M. J. La-grange, F. M. Abel, etc.

A pesar de estas limitaciones, que se hubieran podido evitar incorporando a la edición elementos de la investigación actual, es un libro de gran interés por los temas que aborda y por los innumerables datos que aparecen. Será útil, sin duda, el es-

fuerzo de la editorial Cristiandad por hacerlo más asequible a los lectores de lengua castellana.

SANTIAGO AUSÍN

Donatien MOLLAT, *Saint Jean, Maître spirituel, Paris*, Ed. Beauchesne (Bibliothèque de Spiritualité, 10), 1976, 175 pp. 13,5 × 18.

Como se dice de antemano, "le présent volume reprend et développe l'article 'Jean l'Évangéliste', paru dans le *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 8, col. 192-247" (p. 4). La obra se divide en tres partes. La primera trata de la iniciativa divina respecto del hombre, la segunda habla de la respuesta del hombre, y la tercera parte se refiere a la doctrina espiritual de las epístolas de San Juan.

En la introducción toca con cierta amplitud el tema de la autenticidad del IV Evangelio, lo cual ya es un dato positivo en cuanto que se da importancia a este tema. El pasaje que habla de la errónea interpretación que se dio a las palabras que Cristo dijo a Pedro respecto a la muerte de Juan (Jn 21,23), hace pensar como probable, según el A., que el discípulo amado había muerto cuando se publicó el IV Evangelio, "mais on tient à lui attribuer la paternité à l'ouvrage: 'C'est ce disciple qui témoigne de ces faits et qui les a écrits et nous savons que son témoignage est véridique' (21,24)" (p. 9). Más adelante dice que muy pocos estarían dispuestos a defender que el IV Evangelio fue escrito de forma seguida y por "la seule main du disciple que Jésus aimait" p. 12). También considera que la conclusión del Evangelio (21,24-25) deja entrever la intervención de los discípulos de Juan en la edición del escrito. El testimonio de Clemente de Alejandría y el del Canon Muratori sobre el ruego de los discípulos y obispos de las iglesias de Asia Menor para que escribiera sobre Cristo y su doctrina, lo interpreta el A. como índice de que además de Juan otros intervinieron en la redacción final del libro. Luego parece contradecirse al hablar de lo primitivo del lenguaje del IV Evangelio y al decir que "l'auteur du quatrième évangile se révèle comme un témoin non seulement de l'âge apostolique, mais aussi de la vie de l'Eglise à l'époque du 1.<sup>er</sup> siècle finissant" (p. 14). En conjunto se inclina por la paternidad joannea del IV Evangelio, aunque no todo lo firmemente que sería de desear de acuerdo con el análisis in-